



# Arroz quemado, mal sazonado

**Érika García Gracia**

Taller de Creación Literaria

C.C.H. Vallejo

**De cómo una sirvienta se convierte en cocinera, por el amor a la tradición. Un cuento con sabor.**



Si tienes un enemigo, invítalo a comer arroz impegable. Este arroz no sabe bien aunque le pongas crema o salsa Maggi. Por más concentrado que esté el

caldo que le pongo, siempre queda desabrido. Parece estar hecho de plástico. Es como la pus que le sale en la cara a un adolescente barroso. Su empaque tiene una ventanita de celofán por la que se asoman los granos. La marca del arroz está en llamativo inglés.

Yo sé que aquí soy sólo la que cocina; una criada con pocas referencias y que ni siquiera pudo acabar la primaria. Qué trabajo les cuesta comprar-



me arroz de bolsa; ese que trae a don José María Morelos, el personaje que más admiro. En el salón de mi pueblo teníamos su foto grandota. El maestro nos contaba cómo luchó por liberarnos de la saga extranjera. Yo me siento orgullosa de este héroe. El comprar Arroz Morelos, me hace sentir que protejo a los campesinos de las injusticias. En esta casa de nuevos ricos no saben de

patriotismo y se deleitan al adquirir cosas importadas y pedir *hot-dogs* para la merienda. Por

más que les ruego, siguen comprando el horroroso arroz.

Pobre de la novia a la que al salir de la iglesia le avienten arroz impegable; le caerá una maldición y todos los platillos que prepare le quedarán con sabor artificial. Los maridos buscarán consuelo en los *Wings* y quizá en alguna muchachona que les haga sus tortillas a mano.

Un día hubo una promoción de arroz impegable en la que ofrecían dos cajas por el precio de una. Los patrones compraron muchísimas; con lo que me condenaron a cocinar porquerías por mucho tiempo. Mi maestro nos decía: "si algo no nos parece, debemos remediarlo pacíficamente". Yo encontré la manera de librarme de ese producto. Sin que nadie se diera cuenta, tiré el arroz por e,

excusado. Dejé las cajas medio llenas para que no sospecharan.

Una tarde se dio cita la más fina concurrencia de viejas presumidas que departían en la sala. En ese momento, el plomero revisaba en la cocina por qué las tuberías se tapaban tanto. A Angelita Rivadeneira se le ocurrió ir al tocador, y al jalarle con discreción, comenzaron a salir borbotones de caca con arroz por todas las coladeras y excusados. Las invitadas, apenadísimas se retiraron; prometieron ser discretas acerca de la asquerosa mierda con el arroz crudo que apareció en casa de los Alarcón, que desde ese día apesta. La señora buscó al culpable con detective. Me despidió sin clemencia.

Pronto encontré un buen trabajo en la supercocina La Cuchara Fodonga. Las señoras compran mi delicioso arroz. Sus maridos asisten a casa a comer puntuales, gracias a mi arroz a la mexicana. Los hombres se han vuelto amantes de mi sazón que los retiene al lado de su mujer. Recuerdo con cariño a Morelos. Pienso

que gracias a él pude librarme del sometimiento y forjar mi destino libre y soberana ☉

